

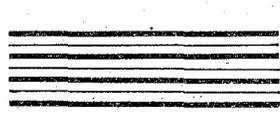
Ómnicoza

Se desdibujan ya las Navidades de este año que pronto va a dejarnos. Muchas ilusiones forjadas al amparo de la tradicional lotería del gordo se derrumbaron, igual que cada año, como se derrumbará siempre todo aquello que quiere asentarse sobre los cimientos de un mito como es el azar. O de la superstición, como les ha ocurrido hogaño a los habitantes de un pueblo español que creyeron ver el número del gordo en las señales dejadas por una lagartija a doble cola que encerrada en una caja conteniendo harina, en ésta garabateó unos signos que la superstición afirmó ser el número 40.666. A estas cifras se volcó toda la falsa fe de aquellos infelices, fe convertida en treinta mil pesetas, y la realidad, contundente realidad, no quiso que ni en la «pedrea» figurara aquel número dibujado por la doble cola que según los habitantes de aquel pueblo había de ser el favorecido con los máximos millones.

No. Felizmente llegaron a continuación todas las bellezas nazarenas de la Misa del Gallo, de los villancicos, de los turrones, «Pastorets» y otras realidades que solo la Cristiandad puede proporcionar, y el buen guixolense, nuestra querida ciudad, volvió por el cauce del trabajo y la alegría en un afán de mejoramiento moral y social, de comprensión, de vida sencilla desposeída de la hojarasca de unas ficciones ilusorias.

De aquella vida, en fin, que nos señalan cada año los brazos abiertos y acogedores del Niño-Dios en su cuna de Belén.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
29 DICBRE. 1955



ficción
y
realidad



Raramente los nombres de los directores de películas suelen mencionarse entre el público cuando éste comenta los «films» pocos momentos antes o después de su proyección en las salas. La gran mayoría no quiere ver otra cosa que, todo y todos los que desfilan en la pantalla. Aquel hombre que más de una vez nos lo han representado sentado en una silla plegable o de campo y playa, que digamos, dando órdenes, hilvanando las secuencias, o acercándose a los artistas para mostrarles la forma de como se han de llevar a cabo las escenas, a este hombre que es el alma de la película por ser su director, se le tiene bastante ignorado a pesar de figurar siempre en los programas al lado del nombre de los astros de la pantalla. Parece como si al recordarle, el sentir criterio de su trabajo y en consecuencia el saber guiarse por su nombre fuese solamente reservado a los expertos y críticos cinematográficos.

Ello no obstante, y como ocurre en todas las cosas, también hay sus excepciones en este particular y un director cinematográfico cuyo nombre es conocido por todos por ser nombre de garantía, es Alfred Hitchcock. Es de suponer que si un día se anunciara una película de este director, dejando de mencionar los nombres de los artistas y la trama de la misma, el público también acudiría a presentarla con la misma seguridad de como acudir siempre con sus «films» puesto que sabe de sobra que el éxito vendría por añadidura.

«La ventana indiscreta», que se ha estrenado últimamente en uno de nuestros salones ha venido a reafirmar el criterio antes sustentado. Esta película de Hitchcock, tan lejana de «Enviado especial», por ejemplo, ha seguido admirando como admirarán aquella y todas las demás que la siguieron, sin importar que su lista sea numerosa. Y no parece ser de otra manera, cuando un talento como el de este director da vida como él sabe hacerlo a cualquier rincón de la escena, aunque ésta

se encuentre desprovista de cualquier ser humano.

Con esta y otras cualidades el campo es ilimitado, como lo es en «La ventana indiscreta», en donde hasta la vida de la calle puede ser recogida por el público, a través del hueco de separación del cuerpo de fábrica de dos casas, a lo sumo, de tres o cuatro metros de anchura de dicho hueco. Y si de esto pasamos a la vida íntima de aquellos seres que componían los inquilinos de una de aquellas casas, inculcando al público la curiosidad, la impertinencia, la congoja, el afán que sentía James Stewart cuando con sus prismáticos penetraba en el interior de las diferentes ventanas, para terminar con el descubrimiento de un crimen, que varias veces en el transcurso del «film» el espectador desistía de creer en él, tendremos que convenir que Alfred Hitchcock es un director de directores, que «La ventana indiscreta» es una realización cinematográfica de la máxima perfección, que James Stewart demuestra ser un artista de talento al tener que demostrar todas sus diferentes reacciones solamente por la expresión de su cara al encontrarse imposibilitado en una silla, y que Grace Kelly de la mano de tan experimentados personajes no solamente puede sacar a relucir su belleza, por cierto muy acentuada, sino también sus cualidades artísticas.

Espectador